

Microbiología y lengua: el papel de los diccionarios, y diccionarios sin papel

Ricardo Guerrero.
Presidente de la SEM

«What's in a name? That which we call a rose / by any other name would smell as sweet», se pregunta e inmediatamente responde la enamorada Julieta en la tragedia de Shakespeare (*Romeo and Juliet*, II, ii, 1-2). ¿Las palabras hacen las cosas, o son primero las cosas y después se les atribuye una palabra? Evidentemente, la cosa existe primero, y es independiente de cómo la llamemos. Por eso, una misma cosa suele tener un nombre diferente en cada lengua que utilicemos. Nuestra ciencia se llama microbiología, pero también *microbiology*, *microbiologie*, o *Mikrobiologie*, y es la misma cosa. En este caso, parece fácil saber qué significan todas ellas. En cambio, si no se conocen las lenguas respectivas, difícilmente se identificará que *matraz*, *flask*, *ballon* o *Kolben* designan el mismo objeto. E, incluso, palabras que no cambian por escrito, como *virus*, se pronuncian de manera claramente distinta en diversas lenguas.

Hasta mediados del siglo xx, los métodos de diagnóstico y terapia de diversas enfermedades servían a lo largo de los años. La terminología aprendida en la universidad era válida durante muchas décadas, y los profesionales de las ciencias de la vida y de la salud, en nuestro caso, no tenían necesidad de aprender nuevas técnicas, nuevos conceptos o nuevas palabras. Sin embargo, a partir de los años 50 del pasado siglo, esas ciencias han experimentado grandes cambios. Los constantes descubrimientos científicos y la mejora de las técnicas de diagnóstico, el desarrollo de nuevos fármacos, los avances de la genética, la biología molecular y la microbiología han cambiado la biomedicina de manera radical. Se han modificado conceptos previamente básicos, cuando no han quedado arrinconados. Junto con otras especialidades, la nuestra, la microbiología, cada vez está más impregnada e interrelacionada con otras disciplinas antes lejanas, como la bioquímica, la informática, la física o la estadística.

Estos cambios se reflejan también en el lenguaje microbiológico. Por una parte, en la terminología que genera el desarrollo científico y tecnológico; por otra, en la evolución del significado de algunos términos tradicionales, causada por los cambios en los mismos conceptos que representan. Los profesionales suelen recibir la información primaria a través de revistas científicas, publicadas en su mayor parte en inglés. También suelen estar en inglés los comunicados de prensa que dichas revistas envían a los medios de comu-

nicación. Todo ello contribuye a una penetración de aquella lengua en el lenguaje de nuestros profesionales y comunicadores. Y esa penetración se realiza en dos campos: en la terminología y en la propia estructura de la lengua, que va adoptando la del inglés. En relación con la terminología, la invasión, desplazamiento y sustitución se producen de diversas maneras: a veces se adopta el término original, sin intentar siquiera buscar un equivalente en español; otras, se usa un término en español que no es el adecuado, principalmente por su parecido con el término original inglés (es lo que se conoce como «falsos amigos» [*Actualidad SEM*, 2001, 31:36]). También sucede que, al crear un término español completamente diferente, acabe desvirtuándose el sentido original.

En nuestros años escolares era frecuente consultar diccionarios de la lengua, no solamente para saber cómo se escribía una palabra, sino también para comprobar si su significado (perfecta y sucintamente explicado en las distintas acepciones que nos ofrecía el libro) se correspondía con el que queríamos darle, o habíamos encontrado. Después, muchos seguimos practicando ese sano vicio, y pasamos a consultar diccionarios temáticos o especializados de distintos campos. Los diccionarios y las enciclopedias se fueron haciendo más voluminosos (en cuanto al número de páginas y en cuanto al número de volúmenes de una determinada obra), tal vez difíciles de manejar pero seguro dificultosos de transportar.

Esto está resuelto ahora. Los mejores diccionarios tienen su versión digital, que podemos archivar en nuestro ordenador o consultar a través de cualquier dispositivo conectado a Internet, como las tabletas (*tablets*) o los móviles «inteligentes» (*smartphones*), que transportamos con nosotros. No importa el vehículo, lo que importa es el contenido. Los diccionarios siguen desempeñando un papel esencial en el cuidado y mejora de la lengua propia, pero no necesitan ya estar en papel.

Por su utilidad para nuestra especialidad, podemos recomendar dos obras que nos facilitarán el trabajo, corregirán errores frecuentes y enseñarán a utilizar un lenguaje más exacto y genuino. El *Diccionario de términos médicos*, publicado por la Real Academia Nacional de Medicina (Panamericana, 2011) es una obra colectiva que contiene

51.727 entradas, 25.435 sinónimos y variantes, información etimológica de 6.672 términos, 27.000 observaciones lingüísticas, técnicas, etc., amén de la traducción al inglés de los términos. Dispone también de una versión de consulta en línea y de acceso electrónico adaptado a móviles, tabletas, etc. Además, tenemos que recomendar una de las agujas de marear más útiles que existen para singlar por los procelosos mares de la traducción, la comprensión y la adecuación de dos lenguas dispares (pero no tan alejadas, especialmente cuando se trata del lenguaje científico): el inglés y el español. Es el *Diccionario crítico de dudas inglés-español de medicina*, obra del médico y lingüista Fernando Navarro (McGraw-Hill/Interamericana, 1.ª edición de 2000, y 2.ª de 2005; camino de la 3.ª). Es una obra inmensa, completa y detallada (1.134 páginas) de uno de los máximos especialistas españoles en cuestiones de traducción y lenguaje médicos, un diccionario completo de dudas que

incluye más de 40.000 palabras y expresiones inglesas de traducción difícil o engañosa. Constituye una obra de referencia para las ciencias de la vida y de la salud, y es un apoyo imprescindible para médicos, farmacéuticos, biólogos, traductores especializados y redactores científicos.

Tenemos que hablar, y no solamente con la lengua, sino sobre la lengua, ese tesoro que comparten ricos y pobres, cultos y legos. Y para ello, iniciamos en este número de SEM@foro (ver página 4) una nueva sección, continuación del ya lejano «Rincón de la lengua» (2001 a 2007), de nuestra anterior *Actualidad SEM*, y ahora desde la perspectiva de nuestra revista *International Microbiology*. En esta revista en inglés, sus sufridos «editores» tienen que corregir más de un desaguizado y tratar de convencer a los autores de que la calidad en el lenguaje aumenta la posibilidad de aceptación y difusión de los resultados experimentales. Generalmente lo consiguen; «lo bien hecho, bien parece».

Sobre Sociedades y socios

Estimados colegas y amigos, me atrevo a escribir unas pocas palabras en calidad de **Vicepresidente de la SEM y embajador de la Sociedad Americana de Microbiología (ASM)**. Ambas Sociedades, cuyo objetivo común es el fomento y difusión de la disciplina de la Microbiología en todos sus ámbitos, constituyen foros de referencia de los que no podemos estar excluidos. Un buen amigo mío me comentó hace poco que «hay demasiadas Sociedades, esto es contraproducente para el desarrollo de la Ciencia y más en tiempos de crisis...» En esta línea, os pediría una reflexión sobre si, estando en esa coyuntura de elegir, no debe uno quedarse con aquellas de amplio contenido de conocimiento y número apreciable de socios como son la SEM y la ASM. Beneficios patentes de pertenecer a estas Sociedades incluyen la obtención de ayudas para estudiantes e investigadores tanto para asistencias a Congresos como para estancias de corta duración en laboratorios extranjeros e intercambio de personal. Ambas Sociedades están también realizando un esfuerzo muy destacable en diferentes aspectos relacionados con la docencia de la Microbiología. La ASM, consciente de la fuerza de nuestro idioma en su país y en el mundo actual, también apuesta por financiar instrumentos de docencia en español, lo cual sin duda significa un punto más de encuentro entre SEM y ASM. Esta vía de enlace está siendo también fortalecida con iniciativas que miran a Iberoamérica. Otra de las grandes ventajas de ser «socio» es la posibilidad de conocer a microbiólogos destacados en las diferentes áreas de esta disciplina cuyos nombres nos suenan de la reiterada lectura de sus trabajos científicos. La asistencia a las reuniones que ambas Sociedades organizan regularmente constituye la vía lógica de enriquecerse como investigador y docente de la Microbiología. En estos tiempos de penuria económica cabe advertir que ser «socio» no es gratis, pero que la cuota de pertenencia a estas Sociedades significa sin duda una buena inversión que augura una gran recompensa.

Francisco García del Portillo

Vicepresidente de la SEM

